

Nuevas Rutas en el Macizo Oriental de Picos:

Los Canales Meridionales de «PICO CORTES»

Los lebaniegos llevamos inscrita en lo más profundo de nuestros recuerdos infantiles la impresión de unas altísimas cimas, que, un par de miles de metros por encima de nuestras casas, acortan en invierno la duración de los días, y acentúan la belleza de los atardeceres estivales. El Macizo Oriental de los Picos de Europa, que nos define por el N. y por el O., y que nos deslinda de las Asturias de Oviedo, constituye, a mi modesto parecer, la singularidad orográfica más notable de nuestro peculiar valle cántabro: la visión de esta gigantesca muralla natural va imprimiendo carácter, de modo insensible con el transcurrir de los años, en la idiosincrasia de cada lebaniego. Los nombres y las designaciones ancestrales de sus crestas más remarcables se hacen enseguida habituales en nuestros oídos. Y no hay recuerdo gráfico de Liébana, o de su Villa capital —Potes— en que no aparezca, embelleciéndole, el telón de fondo de «nuestro» Macizo Oriental.

Su estructura geológica responde a idéntica formación en la época cuaternaria que los otros dos macizos de los Picos: progresivas pendientes escalonadas, por el N. y el O., que ascendiendo hasta las aristas cimeras y cumbres características, se derrumban luego vertiginosamente por el S. y por el E., en desplomes y canales con desniveles de casi mil metros, cuyo primer zócalo o resalte está determinado por los altos puer-

tos y praderías de los pueblos de Pembes, Mogrovejo, Tanarrio, Brez, Lon, Argüebanes, Viñón y Colio, y cuyo fondo y término está constituido por los mencionados pueblos y parajes que orlan la cabecera del Valle de Liébana.

Ya en el centro de este macizo, el reseco lago de Andara nos habla de vestigios de antiguos sedimentos y fallas... y de más recientes explotaciones y torcas mineras. Lago que ha dado nombre a todo este circo central, y por extensión popular, a todo el Macizo que nos ocupa Macizo de Andara u Oriental.

Todas sus cimas, desde las crestas del Cumbre Abenas todavía sobre los Puertos de Aliva, hasta las más alejadas al N.E., con Samela, Pico Paña, Canto de la Concha, y Cueto Agero, que cierran el Desfiladero de La Hermida, han sido recorridas y holladas desde fechas que se pierden en la nebulosa de los recuerdos por pastores y mineros; pero tales ascensiones **siempre** se habían verificado por las suaves laderas nortes, recorridas y surcadas por abundantes sendas y caminos mineros.

La histórica escalada de don Pedro Pidal y de «su cainejo» Gregorio Pérez en el año 1904 al Pico Urriello marcó el nacimiento del alpinismo español y determinó el descubrimiento deportivo de los Picos de Europa. A partir de esa fecha, montañeros y excursionistas se adentran en los Macizos Central y Occidental de los Picos en pos de ambiciosas conquistas, que por décadas se van superando; las técnicas depuradas y modernas permiten ir dominando la totalidad de las cumbres por los itinerarios y vías más atrevidos. Por el contrario, el Macizo Oriental o de Andara es dado continuamente de lado: se le considera pequeño, suave, poco espectacular, carente de refugios, sin paredes de dificultad... poco más que un amontonamiento de piedra sin el menor interés alpino. Los cientos y cientos de escaladores y de montañeros que en el curso de los años recorren el «sancta sanctorum» de Liébana, camino de las sonoras cimas de los Urrieles o del Cornión, no reparan en los desplomes meridionales de aquel macizo lebaniego, y sólo miran, desde Aliva o Lloroza, las bucólicas laderas pedregosas de Cortés, Prau Cortés, el Jiso o Cumbre Abenas, salpicadas de vacas, caballos, cabras u ovejas, que inundan con el metálico sonido de sus campanos la soledad y el silencio de las altas praderías.

En las décadas de los años cuarenta y cincuenta nace, con la espontaneidad de la convivencia y de las aficiones comunes, el primer núcleo de montañeros nativos del Valle de Liébana que recorren los Picos con espíritu verdaderamente deportivo, y van descubriendo nuevas rutas que se apartan de los itinerarios venatorios o de simple excursionismo. Alonso, Alonso, Bustamante, García de Enterría, Gutiérrez del Río, Núñez de Celis, Odriozola, Palacios y Soberón constituyen la primera «fuerza de choque» que desean «ir a los Picos» para hacer algo más que una excursión

dominguera a Peña Vieja. La presencia, constante y maravillosa, del Macizo de Andara ante sus ojos y frente a su vivir montañero, es lógico que haga despertar en ellos el deseo de alcanzar sus cimas partiendo directamente del Valle matriarcal. Y la pared meridional del Pico Cortés, 2.370 metros y vértice geodésico de primer orden, es un permanente reto ante el cual no es posible permanecer impasibles, año tras año, sin intentar, cuando menos, superarla.

Veinte de octubre de 1957. Un cálido y luminoso otoño invita a prolongar jornadas montaÑeras estivales. Junto al puente de Camaleño amanecen estacionadas dos motocicletas: desde Cosgaya ha descendido una Lambretta transportando a Alfonso Alonso; desde Potes a subido una «Sanglas» en la que han viajado Angel Gutiérrez del Río y José María Palacios. Sus tres «pilotos» hace ya horas que han tomado la senda que, pasando por Tanarrio, se va a estrellar en la base de la canal Bermeja que desciende desde la cima del Pico Cortés. Su objetivo, la torreta cimera de este gran pico lebaniego. Su itinerario: el espolón S. de la gran cumbre central. Lentamente, pero sin dificultades, la Canal Bermeja va siendo ascendida; es una ruta solamente recorrida hasta entonces por cabras y rebecos. Al mediodía la cordada está sobre «Los Cantones», como es denominado por los nativos ese gran zócalo que recorre la cara Sur longitudinalmente saliendo desde el collado divisorio existente entre Prau Cortés y Cortés. Constituye este zócalo una gran vía natural, cómoda y ancha, paso obligado de los rebecos, y perfectamente visible desde el Valle, especialmente cuando el invierno deposita en ella su blanco sedimento.

El espolón S. se alza ante ellos perfectamente definido. Atacan, por la derecha, una dura chimenea que pronto se extraploma (V°). Sucesivos resaltes redondeados, a modo de inmensas «patatas», hacen que la cordada progrese con lentitud (III° y IV°). A las cinco de la tarde se encuentran sobre un gran galayo adosado a la pared; ésta presenta dificultades que parecen exigir la técnica artificial. El cansancio, lo avanzado de la tarde otoñal y sobre todo la prudencia, aconsejan el vivac; y tras de dejar perfectamente «clavados» los metros ascendidos para así poder reempezar al siguiente día la culminación de la tarea, optan por descender en rappes, y pasar la noche bajo una gran piedra en la zona de los Cantones, que al subir habían descubierto, y asignado para esta eventual función. Las nieblas del Valle en seguida hacen compañía a la fatigada cordada.

Mientras tanto, en el Valle, alguien que no comprende las ambiciones deportivas de los tres escaladores ha puesto en movimiento a «un equipo de rescate» pues considera que «están perdidos» en los Picos. La ignorancia y la falta de comprensión de tales actividades, aun insólitas ha-



Murallones Sur de Picos Cortés. (Foto: Bustamante).

ce veinte años, moviliza la buena fe y los mejores deseos de ayuda de un gran número de amigos y convecinos.

El vivac transcurre tranquilamente; cuando hasta los tres escaladores llegan sonidos, voces de búsqueda, tiros y gritos que denuncian la presencia de «la caravana de socorro». Alarmados, se levantan y por medio de fuertes voces hacen saber a sus buscadores que se encuentran perfectamente; pero la caravana está cada vez más cerca a ellos; ya ven bajo sus pies las luces de lámparas y de linternas. Total: que para evitar algún percance en alguno de los «salvadores» optan por descender desde su vivac, al filo del amanecer. Y desisten de algo que tenían ya al alcance de sus ilusiones. ¡Y todavía tuvieron que oír de algunos de los abnegados salvadores, reproches por no saber dónde se hallaba el camino normal del Pico Cortés!

En junio de 1969 la apertura de una vía de escalada en la vertiginosa y descompuesta Arista del Jiso por la cordada castellana Conde Lastra, revaloriza el Macizo Oriental de Picos al proveerle de una de las escaladas más difíciles de todos los Picos de Europa, que por su cómodo acceso hasta la base de la misma, en pocos años se ha convertido en «una clásica».

Sin embargo, en el recuerdo de los montañeros nativos perdura aquel incompleto intento del año 1957 al Pico Cortés. En varias ocasiones había comentado con mi amigo Ezequiel Conde los detalles de aquella aventura; ambos deseábamos acompañar al principal actor de la misma, Alfonso Alonso, en un definitivo golpe para ascender a Cortés por su canales meridionales. Los años pasaban, y las circunstancias se confabulaban para impedir la consecución de nuestro objetivo. Sin embargo, algo ha quedado completamente confirmado en cuanto al acceso a las paredes meridionales del Macizo Oriental: la aproximación ha de hacerse a través del Collado de Cámara, que permite una situación bajo tales farallones, cómoda y rápida, y más descansada que acceder hasta sus bases viniendo desde el fondo del Valle y tomando como punto de partida los altos pueblos, con desniveles de casi mil metros.

Por fin nos decidimos a explorar solos estos canales meridionales de Cortés, y trataremos de reconstruir aquel intento meritorio en base a los relatos que hemos oído de labios de sus protagonistas. Sabemos que el desnivel total de la ascensión será cercano a los mil metros, y por lo tanto optamos por emplear dos jornadas, vivacqueando lo más alto posible el primer día. También recordamos las dificultades del espolón final, y por ello iremos preparados con material suficiente y adecuado. A mi, personalmente, me seduce en grado sumo la idea de ascender a Picos por nuevas rutas en mi región nativa; aspiro a ver el atardecer sobre mi Valle, sobre las luces de las casas de mis mejores amigos; deseo evocar juveniles recorridos en las praderías que circundan pueblos inolvidables;

me agrada vivir intensamente la fuerza vinculante del vivac en compañía de un gran amigo; y también quiero percibir a mi alrededor la intangible presencia del espíritu de mis mejores camaradas de la montaña, que hoy no podrán atarse materialmente a nuestra cuerda. Sin embargo, todos ellos nos acompañarán, ¿verdad Ezequiel?

Como en tantas veces anteriores, organizamos nuestros morrales en Cosgaya, abusando nuevamente de la hospitalidad de la familia Odriozola-Alonso. Comemos tranquilamente, y tres cuartos de hora más tarde el land-rover nos deposita en las suaves planicies de Campo Mayor, apurando a base de las «reductoras» la más alta cota posible. La «asomada» por el Collado de Cámara, que hemos alcanzado tranquilamente en menos de media hora, privilegiado balcón sobre el Valle de Liébana, y al atardecer, nos reconforta espiritualmente. Un breve descanso, y reemprendemos el camino por la ya marcada senda que conduce a la base de El Jiso. En otra media hora estamos de nuevo en un lugar tan querido por mí como es el punto de arranque de la magnífica escalada: «La terraza verde». Hacía cuatro años que no repetía esta andadura, y ahora, al mirar hacia arriba y reconocer los principales hitos de la Arista (la chimenea estrangulada... el árbol... el faraón recostado... las siete pilastras... la vira de escape...) me invade una íntima satisfacción recordando nuestra ya antigua ascensión por ella... y también algo de intranquilidad al evocar la verticalidad de sus pasos sobre la Canal de Pozán, que por la izquierda delimita esta Arista y la de esbeltez y categoría.

Continuamos descendiendo paulatinamente, a medida que avanzamos por el zócalo bajo Prau Cortés: atravesamos horizontalmente canales pedregosas y zonas verdes muy inclinadas, y vemos frente a nosotros una marcadísima horcadina verde, al pie de las canales meridionales de Cortés, hacia la que sin ninguna duda e instintivamente nos dirigimos. Con agrado comprobamos que un hermoso árbol ha crecido justamente al otro lado de esta horcadina. Creo que ya estamos en la base del canalón S. de Cortés, a la que hemos llegado tras de hora y media aproximadamente de marcha desde Campo Mayor.

Hacia arriba, todavía quedan varios neveros de gran tamaño. Un magnífico rebaño de rebecos alza sorprendido sus testas y cornamentas inquiriendo la afiliación de estos dos —para ellos— extraños visitantes. Pensamos que esta puede ser la Canal Bermeja (sin embargo, al siguiente día pudimos comprobar que entonces nos equivocamos de la ruta que idealmente habíamos trazado, en pos de las andanzas antiguas de Alfonso y compañía), y emprendemos lentamente la ascensión por ella. Es ahora cuando los morrales «se notan de verdad» y empiezan a dar señales de su presencia, y sobre todo, de «su potencia». Durante otra hora y media seguimos ascendiendo por un terreno incómodo, pulido por las avalanchas, lamido por los neveros que vamos bordeando por las rimayas. Nues-

tra grande y grata sorpresa es encontrarnos a medio canal con un magnífico y caudaloso reguero de agua, que alegremente canta su presencia, desprendiéndose de las alturas. La verdad es que nos «encelamos» con este regalo que Pico Cortés nos hace, y tratamos de seguir, siempre ascendiendo, el curso del agua pues hemos decidido vivacquear allá donde nazca este inapreciable caudal.

Sobre las ocho de la tarde un farallón recoso y vertical nos cierra el paso. En su punto más franqueable calculamos que tendrá unos ochenta metros de altura. Es otro gran zócalo que circunvala al Pico Cortés y lo defiende de intrusos como nosotros. Desde el Valle no reparamos en él, pero ahora, al pie del mismo, nos impide continuar normalmente la ascensión: sería preciso escalarlo y sacar material. Por otro lado, llevamos más de tres horas efectivas de marcha con los no livianos morrales, y además estamos muy cerca del nacedero del torrente que nos acompaña y nos reconfortó durante nuestra ascensión por la canal. Creemos que es el sitio ideal para vivacquear... ¡y mañana será otro día! En un terreno herboso y muy inclinado (no hay mucho donde elegir), a la cabecera del canal y a unos treinta metros horizontales del manantial, preparamos nuestro vivac.

«¡Es un terreno casi igual a "las verdes de Remoña"!», me dice Ezequiel, recordando sus noches durante los tres días que empleara, cinco años atrás, para abrir aquella vía directísima.

En dos franjas superpuestas, y a unos cinco metros el uno del otro, acondicionamos con las mazas un buen par de «nichos», protegiéndolos del «desventiu» de la canal con unos muretes de piedras. No creemos que habrá mucho peligro, pero más vale prevenir un posible vuelco hacia la izquierda... que terminaría haciendo compañía al rebaño de rebecos que nos saludó por la tarde.

Somos ricos en agua: nos podemos preparar un buen festín. Sopa, lomo, latas... y de poste ¡un gran cacharro de thé! ¡Qué pena no haber traído el orujo de Liébana...!

No hace frío. Nuestra «estación metereológica» particular (un termómetro de bolsillo que acaba de venir del Everest, regalo de Alfonso) nos da el parte: 13°. Pero la niebla del valle en pocos minutos nos envuelve totalmente; no puedo menos que evocar el vivac de mis viejos camaradas, hace casi diecisiete años y en un lugar muy próximo al que ahora nos encontramos. Una sola pena: ¡ya no podré ver el atardecer sobre mi tierra! Hay que abrigarse, pues la niebla te humedece y te enfría.

Antes de introducirnos en los sacos damos un paseo para inspeccionar una gruta, al pie mismo del farallón de ochenta metros y en su parte izquierda, que nos había venido llamando la atención mientras ascendíamos. Con las lámparas frontales hacemos un poco de espeleología. Dentro, hace un frío enorme. ¡Claro: como que está recubierta de hielo en

grandes trozos, y con incipientes estalagmitas! tanto Ezequiel como yo sentimos un venerable respecto por las cavernas, y después de trepar por su interior unos 40 ó 50 metros, entre hielos, barros y humedades, optamos por salir pues no nos llama la atención seguir la investigación. ¡«Horacólogos» tiene la Federación Española de Montañismo...! El nuevo contacto con la atmósfera pura es una cálida caricia, al tiempo que los rayos luminosos de nuestras lámparas frontales tratan de penetrar en la niebla, componiendo bellas lanzas doradas.

El amanecer también nos trae, junto con la luz del nuevo día, otra desilusión: ¡seguimos envueltos en la niebla! Los sacos y los morrales están completamente empapados. Como aquella no acaba de levantar, aunque presentimos arriba la claridad y el sol, nos levantamos nosotros recogiendo los húmedos sacos, que han aumentado sensiblemente de peso. Por suerte, nuestra previsión de la tarde anterior, al inspeccionar la ruta a seguir, nos permite afrontar sin vacilaciones al farallón por el sitio más franqueable. Los tres primeros largos, por la derecha de unas enormes chimeneas oblicuas, encima de la gruta del hielo, nos reaniman al hacer circular la sangre más rápidamente por venas y arterias. Nos movemos en un terreno muy seguro y con buenas presas, aunque bastante vertical. A ratos, entre la niebla y cada vez más abajo, vemos el lugar donde habíamos vivacueado (III^o y IV^o). Desembocamos con un par de largos más en una canal pedregosa, que aunque por terreno más fácil, hacen nuevamente fatigosa la ascensión.

«¿Me preguntabas ayer, Ezequiel, que adónde vendrían a morir los rebecos? ¡Pues aquí: mira dónde están los restos óseos de uno de ellos, y todavía de no hace demasiado tiempo!».

Siete u ocho largos más, por zona poco difícil, aunque con alguna superación o trozo de tercer grado, que te excita y te hace disfrutar de la roca, y dejando a nuestra izquierda una aguja o gran bloque separado de la pared, nos depositan en una gran plataforma herbosa. La progresión ha sido completamente instintiva: siempre hacia arriba, y rebozados por la niebla. Creo que hemos ascendido por un enorme espolón donde florecen abundantes matojos entre los intersticios de la caliza.

En la gran plataforma herbosa nos detenemos para descansar, reponer fuerzas, y beber un poco de agua. Me figuro que debemos de andar por la «senda de los rebecos», es decir, la franja horizontal que recorre por debajo la cumbre del Pico Cortés. Entre algún jirón de niebla hemos visto brillar allá en lo alto, iluminada por el fuerte sol de esta mañana de julio, una cumbre muy marcada, pero que todavía parece altísima. «¡Eso tiene que ser ya Cortés!», comentamos; y hacia ella seguimos enfilando. Pienso, por otra parte, que debemos de andar ya cerca del punto donde nuestros amigos iniciaron la verdadera escalada de Cortés, y ya esperamos ver aparecer, en cualquier momento, o a la vuelta del siguiente pa-



Macizo Oriental: de izda. a dcha.: El Jisu, Prao Cortés, Pico Cortés, y a la derecha Tabla de Lechugales. (Foto: Bustamante).

so, la chimenea extraplomada de la que aquéllos tanto nos habían hablado. ¡Pero ésta se sigue haciendo desear! También hemos visto sobre nosotros una esbelta aguja o gran espolón: ¿será ya aquella vía? Hacia él nos dirigimos, ascendiendo otra vez «ensemble» y por una zona «de andar».

Nos metemos a la izquierda de aquel espolón o aguja: realmente la niebla nos impide precisar con exactitud la naturaleza de este accidente natural. ¡La niebla empieza a desaparecer! Lógico, pues ya estamos al borde del mar de las nubes. Delante de nosotros aparece un diedro muy bonito y característico (III°), que tras de un par de largos, se empina y se complica. En cambio, la cara izquierda de este diedro se convierte en una compacta arista calcárea que se perfila casi vertical sobre el mar de nubes, recortándose sobre el fondo de la cumbre del Prau Cortés próximo y de toda la lejana Cordillera Cantábrica, que parece una isla alargada y negrísima. El momento es de tanta belleza, que me olvido de mi función aseguradora de Ezequiel, luchando sobre la arista y buscando una grieta para introducir algún pitón. Un par de «bocinazos» de mi camarada me extrae de mis meditaciones sobre las maravillas de mi tierra lebaniega, y me devuelvan a la realidad.

La superación de esta arista, tan segura, con otro par de largos (III^o), nos dejan completamente satisfechos: ¡estamos gozando a pleno pulmón! Una canal sin complicaciones... ¡y nos vemos sobre la anticima S.O. del Pico Cortés, que doscientos metros a nuestra derecha nos saluda burlonamente desde su semiderruida torreta cimera! ¡En fin, amigos: vuestra vía sigue ahí, intacta, esperándoos todavía como una novia amorosa! A pesar de todo, os hemos de dar las gracias por habernos impelido a surcar este itinerario nuevo, que desde luego, sin vuestro estímulo ni se nos habría ocurrido intentar.

Sobre el mar de nubes que envuelve a la Liébana, y entre los jirones de humedad condensada que pugnan por escalar entre las canales y agujas meridionales, a nuestros pies, adivinamos, más que vemos, nuestra ruta: hemos ascendido por el **canalón S. de Cortés**; el sol del mediodía —haciendo los oportunos ajustes del horario— nos permiten comprobar exactamente esa orientación. Por el contrario, la Canal Bermeja de nuestros amigos queda más al S.E. de la cumbre.

«Queridos camaradas Fonso, Lito y José Mari: ¿nos dejaréis algún día acompañaros para terminar juntos aquella aventura truncada?».

JAVIER RIVAS

(escalada efectuada por Ezequiel Conde y Javier Rivas, los días 24 y 25 de julio de 1974.

- tiempo efectivo empleado: 4½ horas desde la horcadina verde hasta la cumbre S.O. de Cortés.
- material utilizado: una cuerda de 40 metros y varias clavijas.
- graduación de la ascensión: A.D.
- altura total desde la horcadina verde: unos 800 metros de desnivel.
- material abandonado en la vía: una sola clavija, de hierro, en la arista final, como recuerdo de nuestro paso y para seguridad de aquel largo).